hombre, daríaos yo razonable consejo, si lo quisiéredes tomar. Él me rogó se lo diese, que siendo tal, me lo agradeceria mucho. Volvíle á decir : Pues vais cargado de lo que no os importa, deshaceos de ello, y acudid á lo mas necesario : ahí llevais esa ropa, ó lo que es, vendedla, que menos peso y mas provecho podrá haceros el dinero que sacáredes de ella. El mozo replicó discretamente (que son de buen ingenio los Toledanos) : Ese parecer bueno es, y lo tomara; mas téngolo por impertinente en este tiempo, y consejo sin remedio es cuerpo sin alma: ¿qué me importa quererlo vender, si falta quien me lo pueda comprar? A mí se me ofrece causa para no entrar en poblado á hacer trueco, ni venta, ni alguno que no me conozca querrá comprarlo. Luego le pregunté, ¿qué piezas eran las que llevaba? Respondióme : Unos vestidillos para remudar con este que tengo puesto. Preguntéle la color, y ¿si estaba muy traido? Respondió, que era de mezcla, y razonable. No me descontentó, que luego le ofrecí pagárselo de contado si me viniese bien. El mozo se puso pensativo á mirarme, que en todo cuanto llevaba no pudieran atar una blanca de canela, ni valia un comino, y trataba de ponerle su ropa en precio. Esta imaginacion fué mia, que le debió de pasar al otro, y que debia de ser algun ladroncillo que le queria burlar; porque estuvo suspenso, regateando si lo enseñaria ó no, que de mi talle no se podia esperar ni sospechar cosa buena. Esta diferencia tiene el bien al mal vestido, la buena ó mala presuncion de su persona, y cual te hallo tal te juzgo, que donde falta conocimiento, el hábito califica; pero engaña de ordinario, que debajo de mala capa suele haber buen vividor. En el punto entendí su pensamiento como si estuviera en él, y para reducirle á buen concepto, le dije: Sabed, señor mancebo, que soy tan bueno, é hijo de tan buenos padres como vos; hasta agora no he querido daros cuenta de mí, mas porque perdais el recelo pienso dárosla. Mi tierra es Burgos, de ella salí como salís, razonablemente tratado, hice lo que os aconsejo que hagais; vendí mis vestidos donde no los hube menester, y con la moneda que de ellos hice y saqué de mi casa, los quiero comprar donde de ellos tengo necesidad; y trayendo el dinero guardado, y este vestido desarropado, aseguro la vida, y paso libremente, que al hombre pobre ninguno le acomete, vive seguro, y lo está en despoblado, sin temor de ladrones que le dañen, ni de salteadores que le asalten : si os place, vendedme lo que no habeis menester; y no os parezca que no lo podré pagar, que sí puedo. Cerca estoy de Toledo, á donde es mi viaje; holgaria entrar algo bien tratado, y no con tan vil hábito como llevo. El mozo deshizo su lio, sacó de él un herreruelo, calzones, ropilla, dos camisas y unas medias de seda, como si todo se hubiera hecho para mí : concertéme con él en cien reales; no valia mas, que aunque estaba bien tratado el paño no era fino; descosí por un lado mi

envoltero, y de él saqué los cuartos que bastaron, que no le dió poca mohina cuando reconoció la mala moneda, porque iba huyendo de carga y no podia excusarla; mas consolóse que era menor que la pasada, y mas provechosa para cualquier acontecimiento. De allí nos despedimos, él se fué con la buena ventura, y yo (aunque tarde) aquella noche me entré en Toledo.

CAPÍTULO VIII.

Como Guzman de Alfarache, vistiéndose muy galan en Toledo, trató amores con unas damas. Cuenta lo que pasó con ellas, y las burlas que le hicieron, y despues en Malagon.

Suelen decir vulgarmente, que *aunque vistan á la mona de seda, mona se queda* : esta es en tanto grado verdad infalible, que no padece excepcion. Bien podrá uno vestirse un buen hábito, pero no por él mudar el malo que tiene : podria entretener y engañar con el vestido, mas él mismo fuera desnudo. Presto me pondré galan y en breve volveré á ganapan, que el que no sabe con sudor ganar, fácilmente se viene á perder, como verás adelante. Lo primero que hice á la mañana fué reformarme de jubon, zapatos y sombrero; al cuello del herreruelo le hice quitar el tafetan que tenia, y echar otro de otra color : reparé la ropilla de botones nuevos, quitéle las mangas de paño, y púseselas de buen tafetan, con que á poca costa lo desconocí todo, con temor que por mis pecados ó desgracia no cayera en algun lazo donde viniera á pagar lo de antaño y lo de ogaño; que buscando al mozuelo, no me vieran sus vestidos, y achacándome haberle muerto para robarle, me le pidieran por nuevo, y que diera cuenta de él. Así anduve dos dias por la ciudad, procurando saber dónde ó en qué lugar hubiese compañías de soldados : no supo alguno darme nueva cierta; andábame azotando el aire. Al pasar por Zocodover (aunque lo atravesaba pocas veces y con miedo, y si salia de la posada era mal y tarde, no durmiendo tres noches en una, por no ser espiado si fuera conocido) veo atravesar de camino en una mula un gentilhombre para la corte, tan bien aderezado, que me dejó envidioso. Llevaba un calzon de terciopelo morado, acuchillado, largo en escaramuza, y aforrado en tela de plata, el jubon de tela de oro, coleto de ante, con un bravato pasamano milanés, casi de tres dedos en ancho; el sombrero muy galan, bordado, y bien aderezado de plumas, un trencillo de piezas de oro, esmaltadas de negro, y en cuerpo. Lle-

vaba en el portamanteo un capote (á lo que me pareció) de raja ó paño morado, su pasamano de oro á la redonda, como el del coleto y calzones. El vestido del hombre me puso codicia, y como el dinero no se ganó á cavar, hacíame cocos desde la bolsa, no me lo sufrió el corazon. A buena fe (le dije), si gana teneis de danzar, yo os haga el son, y si no quereis andar de gana conmigo, yo la tengo peor de traeros á cuestas : cumpliréos ese deseo, satisfaciendo el mio bien presto, y que no tarde. Fuíme de allí á la tienda de un mercader, saqué todo lo necesario, llamé un oficial, corté un vestido ; díle tanta priesa, que ni fué (como dicen) oido ni visto, porque en tres dias me envasaron en él, salvo, que por no hallar buen ante para el coleto, lo hice de raso morado, guarnecido con trencillas de oro ; púseme de liga pajada, con un rapacejo y puntas de oro, á lo de Cristo me lleve, todo muy á la órden. Asentábame con el rostro, que no habia mas que pedir, y en realidad de verdad, tuve cuando mozuelo buena cara. Viéndome tan galan soldado, dí ciertas pavonadas por Toledo en buena estofa y figura de hijo de algun hombre principal. Tambien recibí luego un paje bien tratado que me acompañase : acerté con un ladino en la tierra : parecióme, viéndome entronizado y bien vestido, que mi padre era vivo, y que yo estaba restituido al tiempo de sus prosperidades; andaba tan contento, que quisiera de noche no desnudarme, y de dia no dejar calle por pasear, para que todos me vieran, pero que no me conocieran. Amaneció el domingo, púseme de ostentacion, y dí de golpe con mi lozanía en la iglesia mayor para oir misa, aunque sospecho que mas me llevó la gana de ser mirado. Paseéla toda tres ó cuatro veces, visité las capillas donde acudia mas gente, hasta que vine á parar entre los dos coros, donde estaban muchas damas y galanes ; pero yo me figuré que era el rey de los gallos, y el que llevaba la gala, y como pastor lozano, hice plaza de todo el vestido, deseando que me vieran, y enseñar aun hasta las cintas, que eran del tudesco ; estiréme de cuello, comencé á hinchar la barriga y atiesar las piernas : tanto me desvanecia, que de mis visajes y meneos todos tenian que notar, burlándose de mi necedad ; mas como me miraba, yo no miraban en ello, ni echaba de ver mis faltas, que era de lo que los otros formaban risas, antes me pareció que á todos admiraba mi curiosidad y gallardía. En cuanto á los hombres no se me ofrece mas que decirte ; pero con las damas me pasó un donoso caso, digno por cierto de los tan bobos como yo ; y fué, que dos de las que allí estaban, la una de ellas natural de aquella ciudad, y hermosa por todo extremo, puso los ojos en mí, ó por mejor decir, en mi dinero, creyendo que los tenia quien tan bien vestido estaba, mas por entonces no reparé en ello, ni la vi, á causa que me habia cebado en otra que á otro lado estaba, á la cual, come la hice algunas señas á lo niño, rióse de mí á lo taimado. Parecióme que aquello bastaria, y que ya lo tenia

negociado ; fuí perseverando en mi ignorancia, y ella en sus astucias, hasta que, saliendo de la iglesia, se fué á su casa, y yo en su seguimiento poco á poco íbala por el camino diciendo algunos disparates : tal era ella, que (cual si fuera de piedra) no respondió, ni hizo sentimiento ; pero no por eso dejaba de cuando en cuando de volver la cabeza, dándome cara, con que me abrasaba vivo. Así llegamos á una calle, junto á la Solana de San Cebrian, donde vivia, y al entrar en su casa, me pareció haberme hecho una reverencia y cortesía con la cabeza, los ojos algo risueños, y el rostro alegre. Con esto la dejé, y me volví á mi posada por los mismos pasos ; y á muy pocos andados, vi estar una moza reparada en una esquina, cubierta con el manto, que casi no se la veian los ojos, la cual me habia seguido ; y sacando solamente los dos deditos de la mano, me llamó con ellos y con la cabeza. Llegué á ver lo que mandaba, hízome un largo parlamento, diciendo ser criada de cierta señora casada muy principal, á quien estaba obligado agradecer la voluntad que me tenia, tanto por esto, cuanto por su calidad y buenos deudos, que gustaria le dijese dónde vivia, porque tenia cierto negocio para tratar conmigo. Ya yo no cabia de contento en el pellejo ; no trocara mi buena suerte á la mejor que tuvo Alejandro Magno, pareciéndome que penaban por mí todas las damas. Así la respondia á lo grave, con agradecimiento de la merced ofrecida, que cuando se sirviese de hacérmela, seria para mí muy grande. En esta conversacion poco á poco nos acercamos á mi posada : ella la reconoció, y despidiéndonos, entréme á comer, que era hora. Como yo no sabia quién fuera esta señora, ni nunca me pareciese haberla visto, no me puso tanta codicia el esperarla, como la otra deseos de verla : todo se me hacia tarde ; fuíme á su calle, dí mas paseos y vueltas que rocin de noria, y á buen rato de la tarde salió (como á hurto) á hablarme desde una ventana : pasamos algunas razones ; últimamente me dijo, que aquella noche me fuese á cenar con ella. Mandé á mi criado comprase un capon de leche, dos perdices, un conejo empanado, vino del Santo, pan el mejor que hallase, frutas y colacion para postre, y lo llevase. Despues de anochecido, pareciéndome hora, fuí al concierto, hízome un gran recibimiento de bueno : ya era hora de cenar, pedíle que mandase poner la mesa, mas ella buscando novedades y entretenimientos lo dilataba. Metióme en un laberinto, comenzándome á decir que era doncella, de noble parte, y tenia un hermano travieso y mal acondicionado, el cual nunca entraba en casa mas de á comer y cenar, porque lo restante, dias y noches ocupaba en jugar y pasear. Estando en esta plática, ves aquí que llamaron con grandes golpes á la puerta. ¡Ay Dios! (me dijo) perdida soy. Alborotóse mucho, con una turbacion fingida, de tal manera, que á otro mas diestro engañara con ella ; y aunque ya la señora sabia el fin y los medios como todo habia de caminar, se mostró afligida

de no saber qué hacerse; y como si entonces la hubiera ocurrido aquel remedio, me mandó entrar en una tinaja sin agua; pero con alguna lama de haberla tenido, y no bien limpia. Estaba puesta en el portal del patio, hice lo que quiso, cubrióme con el tapador, y volviéndose á su estrado, entró el hermano, el cual viendo la humareda, dijo : Hermana, vos teneis algo de brava con este humo, y lloverse la casa, gana teneis que salga huyendo de ella. ¿Qué tenemos para cenar con tanta humareda? Entró en la cocina, y como viese nuestro aparato, salió diciendo : ¿Qué novedad es esta? ¿Cuál de nosotros es el que se casa esta noche? ¿De cuándo acá tenemos esto en casa? ¿Qué aderezo de banquete es este, ó para qué convidados? ¿Esta seguridad tengo yo en vos? ¿Esta es la honra que sustento, y dais á vuestros padres y desdichado hermano? La verdad he de saber, ó todo ha de acabar en mal esta noche. Ella le dió no sé qué descargos, que con el miedo, y estar cubierto, no pude bien oir ni entender, mas de que daba voces, y haciendo del enojado, la mandó asentar á la mesa, y habiendo cenado, él por su persona bajó con una vela, miró la casa, y echó la aldaba á la puerta de la calle, y entrándose los dos en unos aposentos, se quedaron dentro, y yo en la tinaja. A todo esto estuve muy atento y devoto, de suerte, que no me quedó oracion de las que sabia que no rezase porque Dios le cegara, y no mirara donde estaba. Viéndome ya fuera de peligro, apartando la tapadera, saqué poquito á poco la cabeza, mirando si la señora venia, si tosia, ó si escupia, y el gato se meneaba, ó cualquier cosa, todo se me antojaba que era ella; mas viendo que tardaba, y la casa estaba muy sosegada, salí del vientre de mi tinaja, cual otro Jonás del de la ballena, no muy limpio; mas fué mi buena suerte, que con el temor de malas cosas, que suelen suceder, y mas á muchachos, guardaba el buen vestido para de dia, valiéndome á las noches del viejo que antes habia comprado, y así no me dió cuidado ni pena. Di vueltas por la casa, lleguéme al aposento, comencé á rascar la puerta y en el suelo con el dedo para que me oyera : era mal sordo, y no quiso oir. Así se fué la noche de claro : cuando vi que amanecia, lleno de cólera, triste, desesperado y frio, abrí la puerta de la calle, y dejándola emparejada, salí fuera como un loco, echando mantas y no de lana, haciendo cruces á las esquinas, con determinacion de nunca volvérselas á cruzar. Pensando en mis desdichas, llegué al ayuntamiento, y junto á él tenian abierta la puerta de una pastelería; hartéme de pasteles, pícaros como yo, por serme de mejor sabor : con ellos pasé al estómago el coraje que me ahogaba en la garganta : mi posada estaba cerca, llamé y abrióme mi criado, que me aguardaba; desnudéme, y metíme en la cama. Con el rastro del enojo no podia tener sosiego, ni cuajar sueño : ya me culpaba á mí mismo, ya á la dama, ya á mi mala fortuna; y estando en esto (siendo de dia claro), ves aquí que

llaman á mi aposento : era la moza que me habia seguido el dia pasado, y venia su ama con ella; sentóse á la cabecera en una silla, y la criada en el suelo junto á la puerta : la señora me pidió larga cuenta de mi vida, quién era, y á qué venia, y qué tiempo tardaria en aquella ciudad; mas yo todo era mentira, nunca la dije la verdad; y pensándola engañar, me cogió en la ratonera : fuíla satisfaciendo á sus palabras, y perdí la cuenta en lo que mas importaba; pues debiéndola decir que allí habia de residir de asiento algunos meses, la dije que iba de paso : ella por no perder los dados, y que no debia de apetecer amores tan de repelon, quiso dármelo : comenzó á tender las redes en que cazarme : así al descuido, con mucho cuidado, iba descubriendo sus galas, que eran buenas, guarniciones de oro, y otras cosas, que traia debajo de una saya entera de gorbaran de Italia; y sacando unos corales de la faltriquera, hizo como que jugaba con ellos, y de allí á poco fingió que le faltaba un relicario que tenia engarzado en ellos. Afligióse mucho, diciendo ser de su marido; y con esto se levantó, como que la importaba volverse luego á su casa, por si allá se le hubiera quedado, buscarle con tiempo; y aunque la prometí dar otro, y la dije muchas cosas, y ofrecí promesas, no pude acabar con ella, que mas se esperase. Así se fué, dándome la palabra de venir otra vez á visitarme, y enviar su criada en llegando á casa para darme aviso si habia parecido la joya : yo quedé tristísimo que así se hubiese ido, por ser, como dije, en extremo hermosa, bizarra y discreta : yo tenia gana de dormir : dejéme llevar del sueño, mas no pude continuarle dos horas. Como ya tenia cuidados, levantéme á solicitarlos : en cuanto me vestí se hizo hora de comer, y estando á la mesa, entró la criada; la cual, como diestra, me entretuvo hasta que hubiera comido, y díjome, que volvia, si por ventura, jugando su ama con el rosario, se le hubiese allí caido la pieza; todos la buscamos, mas no pareció, porque no faltaba. Encarecióme que no sentia tanto su valor, como el ser cuya era : figuróme el tamaño y la hechura, obligándome con buenas palabras á que la comprase otra de mi dinero, prometiéndome que el dia siguiente al amanecer seria conmigo su señora, porque saldria en achaque de ir á cierta romería. Así me fuí con ella á los plateros, y la compré un librito de oro muy galano, el que la moza escogió, y ya el ama le habria echado el ojo : con él se quedaron, que nunca supe mas de ama ni moza : ya eran las tres de la tarde, y el pan en el cuerpo no se me cocia, deseando saber la ocasion de la noche pasada, y si habia sido burla; y olvidado de la injuria, volví á mi paseo. Estaba la señora el rostro como triste, y que me esperaba : llamóme con la mano, poniendo un dedo en la boca, y volviendo atrás la cara, como si hubiera alguien á quien temer, y llegándose á la puerta, dijo que me adelantase hácia la iglesia mayor : hícelo así;

ella tomó su manto, y llegamos entrambos casi á un tiempo; atravesó por entre los dos coros, y salió á la calle de la Chapinería, guiñándome de ojo que la siguiera. Fuíme tras ella, entróse en la tienda de un mercader en el Alcaná, y yo con ella: dióme allí satisfacciones, haciendo mil juramentos, no haber tenido culpa, ni haber sido en su mano lo pasado. Hinchóme la cabeza de viento; creíla sus mentiras bien compuestas; prometióme que aquella noche lo enmendaria, y aunque aventurase á perder la vida, la arriscaria por mi contento. Rindióme tanto, que pudieran amasarme como cera: compró algunas cosas, que montaron como ciento y cincuenta reales, y al tiempo de la paga, dijo al mercader: ¿Cuánto tengo de dar de esta deuda cada semana? Él respondió: Señora, no las doy por ese precio, ni vendo fiado; si vuesa merced trae dineros llevará lo que ha comprado, y sino, perdone. Yo le dije: Señor, esta señora se burla, que dineros tiene con que pagarlo; yo tengo su bolsa, y soy su mayordomo: así sacando de la faltriquera unos escudos, por hacer grandeza con ellos, tambien saqué mi barba de vergüenza, y á la dama de deuda. Al punto se me representó haber sido estratagema para pagarse adelantado, y no quedarse burlada, como acontece con algunos; y no me pesó de lo hecho, pareciéndome que con mi buen proceder la tenia obligada, y no diera mis dos empleos de aquel dia en las dos damas por Méjico y el Perú. Así la pregunté: ¿si su promesa seria cierta, y á qué hora? Asegurómela sin duda para las diez de la noche. Ella se fué á su casa, y yo á entretener el dia, pareciéndome tener los dos lances en el puño. A la hora del concierto me puse mi vestidillo, y volví á la tahona; hice la seña concertada, que fué dar unos golpes con una piedra por bajo de su ventana, mas fué como darlos en el puente de Alcántara. Parecióme quizá no seria hora, ó no podia mas; esperé otro poco, y así me estuve hasta las doce de la noche haciendo señas á tiempos; mas hablad con San Juan de los Reyes, que es de piedra. Era cansar en vano y burlería, que el que decia ser su hermano, era su galan, y se sustentaban con aquellos embelecos, estando de concierto los dos para cuanto hacian. Eran Cordobeses, bien tratadas las personas, y entre los mas tordos nuevos que habian cazado, era un mancebito escribanito, recien casado, que picado de la señora, la habia dado ciertas joyuelas, y como á mí, le llevaba en largas, haciéndole esperar, pechar y despechar; mas cuando él conoció ser bellaquería, determinó vengarse. Aquella noche yo estaba ya cansado de aguardar, como lo has oido, y cuando me queria ir, ves aquí veo venir gran tropel de gente; adelantéme pareciéndome justicia, y sentí que llamaron á la misma puerta; volví acercándome un poco, por ver qué buscaba la turba multa, y un corchete, diciendo quien eran, hizo que abriesen. Cuando entraron me llegué á la puerta, por

mejor entender lo que pasaba; el alguacil miró toda la casa, y no halló cosa de lo que buscaba. Yo que quisiera decir: Miren las tinajas, y echar á huir; á fe mia que ya el escribanito sabia si estaban empegadas, que cuidado tuvo en hacerlas mirar; mas como estas cosas no pueden tanto encubrirse, que si se repara en ellas no se conozcan fácilmente, no faltó quien vió en el suelo un puño postizo, que al tiempo de esconder la ropa del hermano se quedó allí; y como se hacia el oficio entre amigos, dijo un corchete: Aun este puño dueño tiene. La dama le quiso encubrir; pero entre tanto volvieron á dar vuelta con mas cuidado; y pareciéndole al alguacil que en un cofre grande que allí estaba pudiera caber un hombre, le hizo abrir, donde hallaron al galan; vistiéronse los dos, y de conformidad los llevaron á la cárcel. Yo quedé tan contento, cuanto corrido; contento de que no me hubiesen hallado dentro, y corrido de las burlas que me habian hecho. Todo lo restante de la noche no pude reposar pensando en ello, y en la otra señora que aguardaba, creyendo desquitarme con ella: figurábala entre mí mujer de otra calidad y término. Todo aquel dia la esperé; pero ni aun siquiera un recado me envió, ni supe dónde vivia, ni quién era. Ves aquí mis dos buenos empleos, y si me hubiera sido mejor comprar cincuenta borregos. Estaba desesperado, y para consuelo de mis trabajos, á la noche cuando fuí á la posada hallé un alguacil forastero, preguntando por no sé qué persona; ya ves lo que pude sentir. Díjele á mi criado que me esperase hasta la mañana; salí por la puerta del Cambron, donde pensando y paseando pasé casi hasta el dia, haciendo mis discursos, qué podia querer ó buscar aquel alguacil; mas como amaneciese, parecióme hora segura para ir á casa, y mudar de vestido y posada: aseguré mi congoja, porque no era yo á quien buscaba, segun me dijeron. Salí á la plaza de Zocodover, pregonaban dos mulas para Almagro; mas tardé en oirlo, que en concertarme y salir de Toledo; porque allí todo me parecia tener olor de esparto y suela de zapato. Aquella noche tuve en Orgaz y en Malagon la siguiente; pero con el sobresalto de que las noches antes no habia podido reposar, llegué tan dormido, que á pedazos me caia, como dicen; mas despertóme otro nuevo cuidado, y fué, que entrando en la posada se llegó á tomar la ropa una mozuela, mas que criada y menos que hija, de bonico talle, graciosa y decidora, cual para el crédito de tales casas las buscan los dueños de ellas. Habléla, y respondió bien; fuímos adelantando la conversacion, de suerte, que concertó conmigo de hablarme cuando sus amos durmiesen. Puso la mesa; díle una pechuga de un capon; brindéla, é hizo la razon; quise asirla de un brazo, desvióse; yo por allegarla, y ella por huir, caí de lado en el suelo: era la silla de costillas, cogióme en medio, de que recibí un mal golpe, y sucediera peor, porque se me cayó la daga desnuda de la cinta, y

dando con el pomo en el suelo, quedó arriba la punta, y se hincó por un brazo de la silla, que fué milagro no matarme, y concluyendo conmigo, dejara pagados mis acreedores. Volvíla á preguntar ¿si esperaria? Díjome, que si falta hubiese, yo lo veria, y otras algunas chocarrerías, con que se despidió de mí. Las noches antes, ya te dije lo mal que se pasaron; tal estaba, que fué imposible resistirme; pero tuve deseo de madrugar aunque nunca durmiera; y así mandé á mis criados tomasen paja y cebada para el pienso de la mañana, y lo metiesen en mi aposento; lo cual hecho, habiéndolo puesto junto á la puerta, me la dejaron emparejada, y se fueron á dormir: aunque me ejecutaba el sueño, la codicia me desvelaba; y no valiendo mi resistencia, me puse en manos del ejecutor, durmiendo, como dicen, á media rienda. Ves aquí despues de la media noche se soltó una borrica de la caballeriza, ó bien si era del huésped, y andaba en fiado por la casa; ella se llegó á mi aposento, y habiendo olido la cebada, metió bonico la cabeza por alcanzar algun bocado, y en llegando al arnero, meneólo, y procurando entrar, sonó la puerta: yo que estaba cuidadoso, poco basta para recordarme; y pensé que tenia los toros en el coso: estaba todavía soñoliento, parecióme que no acertaba con la cama; púseme sentado en ella, y llaméla. Como la borrica me sintió, temió, y estúvose queda, salvo que metió una mano en el esporton de la paja: yo creyendo que fuese la señora, y que tropezaba en él, salté de la cama, diciendo: Entra, mi vida, daca la mano. Alargué todo el cuerpo para que me la diese: toquéle con la rodilla en el hocico, alzó la cabeza, dándome con ella en los mios una gran cabezada, y fuése huyendo, que si allí se quedara, no fuera mucho (con el dolor) meterle una daga en las entrañas. Salióme mucha sangre de la boca y narices, y dando al diablo al amor y sus enredos, conocí que todo me estaba bien empleado, pues como simple rapaz, era fácil en creer; atranqué mi puerta, y volvíme á la cama.

CAPÍTULO IX.

Como Guzman de Alfarache, llegando á Almagro, asentó por soldado en una compañía. Refiérese de donde tuvo orígen la mala voz: *en Malagon en cada casa un ladron, y en la del alcalde, hijo y padre.*

Como si el amor no fuese deseo de inmortalidad, causado en un ánimo ocioso, sin principio de razon, sin sujecion á ley que se toma por voluntad, sin poderse dejar con ella, fácil de entrar al

corazon, y dificultoso de salir de él, así juré de no seguir su compañía. Estaba dormido, no supe lo que dije; tal era mi sueño entonces, que con todo mi dolor no habia bien recordado; con esto no pude madrugar, quedéme en la cama hasta las nueve del dia. Entró á estas horas la muy tal y cual á darme satisfacciones de meson, que sus amos la encerraron, aunque bien creí que lo hizo de bellaca, y mentia; y así dije:

Vuestros amores, hermana Lucía,
Mal enojado me han:

Comenzaron por silla, y acabaron en albarda. No me la volvereis á echar otra vez: aderezadnos de almorzar, que me quiero ir. Asaron dos perdices y un torrezno, que sirvió de almuerzo y comida, por ser tarde y la jornada corta. Ya me queria partir, las mulas estaban á punto; era la mia mohina de condicion, y de mal proceder; quise subir en un poyo para de allí ponerme en ella, y al pasar por detrás creo que me debia de querer decir que no lo hiciese, ó que me quitase de allí; y como no supo hablar mi lengua para que la entendiese, alzando las piernas, y dándome dos coces me arrojó buen rato de sí. No me hizo mal, porque me alcanzó de cerca y con los corvejones. Aun esto mas me estaba gardado, dije algo levantada la voz: No hay hembra que en esta posada no tenga cobrado resabio, aun hasta la mula. Subí en ella, y por el camino (visto las desgracias que habia tenido) les fuí contando á mis criados lo de la burra; riéronse mucho de ello, y mas de mi mozo entendimiento, en fiar de moza de venta, que no tienen mas del primer tiempo. Teníamos andadas dos largas leguas, y el mozo de á pié quiso beber: daca la bota, toma la bota, la bota no parece, que nos la dejamos olvidada; aun si por el retozo (dijo el mozo) hizo la señora presa en ella, porque no la trajésemos algo de balde. Mi paje respondió: Antes me parece que nos la hurtaron por sacar adelante la fama de este pueblo. Entonces tuve deseo de saber qué orígen tuvo aquella mala voz; y como los que andan siempre traginando de una en otra parte, y oyen tratar de semejantes cosas á varias personas, me pareció que podia preguntárselo á mi hombre de á pié, y le dije: Hermano Andres, pues fuistes estudiante y carretero, y ahora mozo de mulas, ¿no me direis (si habeis oido) de dónde se le quedó á este pueblo la opinion que tiene, y porqué se dijo: *en Malagon en cada casa hay un ladron, y en la del alcalde hijo y padre?* El mozo respondió, diciendo: Señor, vuesa merced me pregunta una cosa, que muchas veces me han dicho de muchas maneras, y cada uno de la suya; pero si he de referirlas, es el camino corto, y el cuento largo, y grande la gana de beber, que no puedo con la sed formar palabra; mas vaya como pudiere y supiere,